

EN PRIMERA FILA



EN PRIMERA FILA

María Dolores Gómez Molleda
1966

Indice

EN PRIMERA FILA.....	
un campo duro	
este pueblo no es malo	
cualquier cosa, no	
bocadillo a las once	
brasero por turno	
se ha perdido un abrigo	
la Virgen de los perdones	
sermones “sin bonete” y con resultado	
también los mayores	
castañuelas como recuerdo	
una maestra artista	
poquita cosa	
Jesucristo, en primera línea	
un Sí dado a Dios	
nuestros pueblos necesitan riego de sangre	
de cara al martirio	
una “coadjutora” intrépida	
veo el cielo abierto	

Este es un folleto para ti, que vives o vas a vivir en un pueblo.

¿Que puede hacer uno metido en un pueblo? En un pueblo, la vida es tan tonta, tan igual... Casi ni siquiera se puede trabajar por el bien de la gente, ¡hay tan pocos recursos para todo! Y luego, ya se sabe, la ingratitud... Si, solo que con amor de Dios todo se arregla. ¿Que puede hacer uno en un pueblo? SER UN APOSTOL. Para esto no hace falta ni gratitud, ni dinero, ni mucha salud, ni dotes excepcionales de inteligencia. Basta con que el apóstol se conforme con ser sencilla mente eso. Un ENVIADO -esto quiere decir apóstol cuyo contenido sea el Señor: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, ... y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mateo 28, 19-20). Esto fue lo que hizo Victoria Díez y Bustos de Molina, la maestra de Hornachuelos, que dio su vida por Cristo.

EN PRIMERA FILA

Lo más importante de esta historia comenzó aquella mañana, cuando Victoria se arrodilló en la iglesia de Hornachuelos y cara a cara con Jesucristo hizo este trato:

- Pídeme precio. Lo que quieras, a cambio de la salvación de este pueblo.

Conozco un sacerdote que cuando aconseja una cosa gorda y dura, que cuesta mucho, añade siempre:

-Aunque se te hiele la sangre en las venas de miedo.

Victoria lo hizo con mucho susto, pero con una enorme y generosa decisión: “Cuando pienso que esas almas están dispuestas por Dios y que quien sabe si por mí, que nada soy, quiere salvarlas, me encuentro entonces revestida de una fortaleza que sólo con la gracia se puede tener”.

Después, la calle. Y un día como todos los días. Camino de casa, repartiendo saludos y sonrisas. El desayuno rápido frente a su madre; una ojeada al periódico con el último bocado, y corriendo a la escuela. Con la cara limpia y la lumbre encendida desde antes de misa para que la madre, entre zurcido y zurcido, pueda echar una mirada a la cocina, hasta la hora de volver de la escuela.

Un campo duro

Con unos años jóvenes y mala salud, pero con afán de cumplimiento del deber y mucho amor de Dios se puede transformar un pueblo. Aunque no se tengan influencias, ni dinero, ni posición social privilegiada. Aunque el pueblo como el de Victoria, sea “apático e indiferente a las cosas de Dios”. Aunque la iglesia esté siempre desierta y el Sagrario no se abra durante meses enteros para distribuir la comunión, porque nadie la pide. Aunque los hombres miren en la plaza con cara torva la entrada de la maestra y de las niñas a misa, los domingos. Aunque las alumnas no hayan oído jamás hablar de Dios y de la Virgen. Aunque el Gobierno obligue a quitar el crucifijo de la clase, a no enseñar el catecismo, a distribuir en la escuela libros de lectura peligrosos inmorales.

Todo esto ocurría por los años en que Victoria Diez actuaba de maestra (1927-1936), y nada de esto fue obstáculo para que ella cumpliera su misión de maestra católica. Al contrario, un campo así de duro, para un apóstol de verdad, es cosa buena: “Siempre pedí a Nuestro Señor me deparase un pueblo donde fuese poco conocido y amado, y al fin, tras de mucho penar, he obtenido del cielo lo que tantas veces pedí.”

Este pueblo no es malo

“Es apático e indiferente este pueblo, pero no es malo. Estas niñas nunca han tenido quien se ocupe de su formación, quien las guíe”-se repite Victoria a sí misma, valientemente, un día tras otro... “Estas pobres mías no están acostumbradas a que se les hable con amor, y cualquier palabrita, cualquier cosa, cae en sus almas y fructifica.”

Cualquier cosa, no

Cualquier cosa, no. La maestra está en la escuela mucho más tiempo que el reglamentario. Explica las lecciones que es una gloria oír. Conoce el caso de cada una de sus alumnas. Se desvive con todas. Habla con los padres. Visita sus casas. Ha abierto una biblioteca escolar. Por la noche, en sesiones especiales, enseña a leer y escribir a las obreras del pueblo. Lo mismo hace los domingos con las muchachas de quince a veinte años, porque, según ella, eso estaba haciendo allí más falta que el pan.

Las exposiciones de trabajos escolares que Victoria organiza de cuando en cuando -cosa inaudita hasta entonces-, muestran a las claras los frutos que las alumnas de la escuela cosechan, y vienen muy bien porque terminan con las sonrisitas de los escépticos del primer día, al ver el entusiasmo de la maestra nueva.

Bocadillo a las once

La escuela de Hornachuelos tiene, según se entra, a la izquierda, un despacho así de pequeño. Una mesa, una librería, dos sillas. Una Virgencita en la pared, y ya está. La clase es el campo de operaciones de Victoria. Este despachito es como su puesto de mando. Aquí habla con los padres de las alumnas. Aquí aconseja, planea, prepara sus clases. Y aquí, ya se sabe, todas las mañanas, alguna de las niñas más flacuchas, la que tiene peor carita ese día, se toma, como una reina, el huevo batido que la madre de la maestra manda puntualmente a su hija, porque esté delicada y tiene la garganta enferma.

Brasero por turno

En Hornachuelos hace frío en invierno. También cada día llega el brasero de parte de mamá Victoria para la maestra, que está aterida y ha cambiado el pisito confortable de Sevilla por aquella escuela al descampado. Y también, todos los días, se hace un turno riguroso - del que Victoria se excluye- para que todas las pequeñas participen un poco del calor.

En cuanto se puede -un sueldo de maestra da para muy poco-, las niñas tienen zapatillas y ropa de invierno y medicinas para la madre enferma. Cuando no hay dinero, por lo menos un papelito, bien discreto, con la indicación y la recomendación para el empleo del padre parado. A mediodía siempre hay un “casual” encuentro de la maestra con una de las niñas de la escuela para que la acompañe a casa y para que ya, de paso, se quede a comer - ¡algunas niñas viven tan lejos!-. Claro que la madre de Victoria se sabía aquello de memoria y calculaba siempre para tres.

Se ha perdido un abrigo

Victoria, cada vez que va a Sevilla, compra con sus ahorros una buena pieza de tela para la escuela. Así las niñas aprenden a coser, haciendo su propia ropita, que buena falta les hace. Por su parte, mamá Victoria tiene buen cuidado de quitar de en medio la ropa de casa y de cerrar bien los baúles, porque todo desaparece que es un gusto. Nada, que se pierde. Que se pierde, pero luego doña Victoria lo reconoce por la calle. Como el abrigo aquel de Victoria, tan amorosito y tan apañado, que desapareció un buen día del perchero sin saber cómo ni por donde.

La Virgen de los perdones

Se ha logrado para la escuela un nuevo y amplio local. ¡Buenos paseos y buenas visitas le han costado a la maestra! La clase tiene ahora ventanas grandes, mapas, cuadros bonitos en la pared y la Virgencita de los perdones. Me explicaré.

Los métodos de corrección utilizados por la nueva maestra derriban los muros roqueros: “En mi mesa tengo una imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús, preciosísima. A las chiquillas les gusta mucho y yo le llamo *la Virgen de los perdones*. Toda niña que le pega a otra o dice alguna palabra tea tiene necesariamente que pedir perdón a la Santísima Virgen. Las chiquillas se impresionan de ver que no les toco -estaban acostumbradas a ser corregidas a golpes-, y que ese es el castigo, y casi anegadas en lágrimas piden perdón a la Virgencita. Es la única forma de que se vayan mejorando, porque me las encontré como verdaderos salvajillos.” “La Virgen es la verdadera maestra de mis niñas y a Ella confío su adelanto en todos los órdenes”.

Sermones “sin bonete” y con resultado

Victoria se ríe de sí misma cuando aconseja y habla a los demás; cuando echa, según ella, “sermones sin bonete”. Pero con esto y con todo lo demás, las cosas van bien. “A las niñas se las ve reaccionar, y esta reacción se contagia a sus familias. ¡Que consuelo pensar que por nuestro medio conozcan y amen a Jesucristo”!

Los primeros días fueron unas pocas chiquillas de la escuela las que acudieron, con ella, a misa. Después se añadieron las mayorcitas. más tarde, las jóvenes y los jóvenes de A. C. del pueblo. Al poco tiempo, en las fiestas de la Virgen, ya puede el párroco abrir, por fin, el Sagrario y distribuir la comunión a muchos feligreses que nunca habían puesto el pie en la iglesia. Casi ni se puede creer. Han resucitado a la Asociación de Hijas de María, el catecismo parroquial, los círculos de A. C., el mes de mayo en la iglesia, las primeras comuniones de los niños del pueblo, el entusiasmo por las Misiones ...

También los mayores

Victoria opina también de sí misma “que cada día está más mamarracho” y que “en todo piensa, menos en amar y servir a Dios de corazón”. Pero nadie puede creerlo. Basta con mirarla, con hablar con ella, con estar un ratito en su compañía. No es que a uno le guste oírle porque dice la verdad con mansedumbre. Porque afronta las cosas con una manera noble que roba el corazón. Es que la maestra de Hornachuelos, cuando enseña a los pequeños o a los grandes, no se busca nunca a sí misma, anda sin egoísmo y nunca trata de dominar, sino de disponer a los hombres para que Dios pueda entrar en ellos. Con esto, ellos se dan cuenta de que reciben buena moneda; corre la alegría y todos se marchan contentos de su lado: el maestro, con pujos de poeta, a quien Victoria criticó unas cuartillas implacablemente, aunque llamándolo, al final, “segundo Becquer”. El muchacho que llevó en la procesión el brazalete de Acción Católica pintado por la maestra; la compañera que recibió una idea mejor que la suya, la mujer que le alquiló la casa, la señora a quien dio el sablazo para los pobres, la viejecita a quien enseñó el catecismo.

Castañuelas como recuerdo

“De mis molestias sigo nada más que regular, pero como no son cosas mayores no me preocupo mucho, sino que procuro aceptar lo que el Señor me va enviando, y en esto creo llevar ganancias.”

Así con todo. Y venga el aire de donde viniere, la alegría está segura. La enfermedad no cuenta para Victoria, ni el trabajo agobiante, ni la soledad -”estoy muy sola, tan sola que no tengo con quien desahogar mi alma, muchas veces oprimida”-, ni las preocupaciones familiares. Estas cosas, y el dolor porque los asuntos de Dios no van bien en España, se pasan con Él, al pie del Sagrario, mientras se pone en práctica un medio infalible para solucionarlo todo: “Llevamos una cruzada de oración y de penitencia muy fuerte.”

Victoria rezuma buen humor, alegría y gracia andaluza por los cuatro costados. Todo el mundo la recuerda así. Y es bonito esto. Entre sus cosas, ahí han quedado sus castañuelas, bien usadas.

Una maestra artista

Sí que es artista la maestra de Hornachuelos. En un santiamén pinta un cuadro, decora una habitación, hace una bandera, coloca unas flores, traza arriates en el jardín de la escuela, escribe unas cuartillas. Con unos toquecitos aquí y allá es capaz de convertir la habitación más fea de la casa en una bonita y acogedora.

A Victoria le horrorizaba lo feo, y esto le servía también para dar con facilidad un salto de artista a mil codos sobre lo vulgar y lo rastrero. Pero es que, sobre todo, tenía una fórmula maravillosa para salvar las aristas punzantes de la vida: “Hay que vivir de realidades, y si esa realidad es dura, es áspera, perfumémosla con el sacrificio, que eso es de más fundamento que sonar. Y si alguna vez soñamos, sea con lo que no tiene término, con lo que es capaz de llenar por completo nuestro corazón, porque un día, a lo mejor no lejano, tenemos la certeza de llegar a la consumación de ese ideal.”

Poquita cosa

No se sabe cómo Victoria podía llegar a tanto siendo tan poquita cosa físicamente. Todo el día y parte de la tarde, con las clases nocturnas, en la escuela y, además, tiempo para reuniones y círculos de estudio, catequesis, trabajo en la sacristía de la Iglesia. Para cuidar a la madre y atender a la casa.

Para la preparación de las clases, la corrección de los ejercicios, el cambio de impresiones con los otros maestros y maestras del pueblo que buscan a Victoria para orientarse; fiestas con las chicas, excursiones con las alumnas, cartas a las que ya no están en Hornachuelos.

Estudiar y coser, pintar, visitar a las familias de las niñas y hacer un ratito de compañía a los enfermos.

Sí, Victoria trabajaba fuerte, escuchaba mucho, miraba con atención y con ternura, sufría con todos, reía larga y limpiamente, enseñaba a bailar las sevillanas a las mozas, y, sobre todo, llevaba a Jesucristo en el corazón: "...sabe El muy bien que con risa o con llanto, lo llevo muy dentro del corazón y en primera fila".

Jesucristo, en primera línea

Naturalmente. No había otra explicación. La razón de ser de Victoria como maestra y como apóstol era Jesucristo. Por quererle a Él se había hecho maestra. Para imitarlo en su apostolado de la Verdad por los caminos y por las aldeas de Palestina, se había quedado en el mundo -en las filas de la Institución Teresiana- y había hecho de su magisterio un apostolado. Por Jesucristo había elegido el fragor del combate en la calle, entre los hombres, como los primeros cristianos, para vivir en medio de la gente hostil a Dios y volverla a Él. Por eso luchaba interiormente con toda su alma por aproximar se ella misma a Jesucristo. Sabía que sólo podía acercarse eficazmente a los hombres pasando por Él. Que sólo cuando en la voz del apóstol se reconoce auténticamente la voz de Cristo, las almas se abren al mensaje. Las ovejas le siguen -nos dice el Evangelio- "porque conocen su voz" (Juan 10, 4-5).

Un Sí dado a Dios

"Si preciso es dar la vida para identificarse con Cristo, desde hoy dejo de existir, siendo mi vivir Cristo solamente, y la muerte, ganancia." Esta era su gran meta. El secreto de su apostolado, el trato con Dios: "Al pie del Sagrario encuentro fuerza, aliento, luces, el amor suficiente para llevar a las almas que me están confiadas." La clave de su eficacia, el olvido de sí misma: "Resolví no mirarme a mi misma, sino a Jesucristo; a Él consagré el pueblo, el alma de mis niñas, y esa consagración la repito a cada hora, a cada instante, y El me da fuerzas, me sostiene; de lo contrario, no se lo que me pasaría."

Victoria, como maestra-apóstol, era sencillamente un inmenso Sí dado a Dios.

Nuestros pueblos necesitan riego de sangre

Ella había dicho Sí y Jesucristo había contestado BUENO. Y resulta que en Hornachuelos hacía falta sangre. Por eso escribí al principio que lo más importante empezó cuando la maestra de Hornachuelos hizo aquel trato con Dios: “Pídeme precio.”

La hora -1931-1936- era de persecución para la Iglesia en España. Victoria sabía que su vida peligraba en Hornachuelos. “Nuestros pueblos necesitan riego de sangre -escribía por aquellos días-, ¿quien la dará primero?” Ella era tímida y débil; solo que estas cosas pasan para confundir a los fuertes.

De cara al martirio

Julio de 1936 en Hornachuelos. Saqueo y blasfemias. Detenciones. Amenazas. Ambiente de martirio entre los hombres de fe. Victoria esta de antiguo preparada para lo que Dios quiera: “Si una maestra teresiana no es santamente intrépida cuando la causa de Dios lo requiere, ¿dónde estará, pues, nuestro teresianismo? Me parece que con sustos y encogimientos no podemos llamarnos hijas de Santa Teresa”. Por muchas cosas que puedan pasar, “yo no le volveré nunca la cara al Señor”.

Una “coadjutora” intrépida

El párroco de Hornachuelos llamaba a Victoria su “coadjutora”. Una coadjutora que actuaba siempre desde la última fila, de modo discreto y eficaz. Sabía dar el impulso inicial y más duro a todo y retirarse a la hora del “postre”. Las cosas de la iglesia, bien cuidadas y pulcras. El Sagrario, acompañado, y en el momento oportuno, cada terreno desbrozado y listo para la siembra de la mano sacerdotal.

“Coadjutora” hasta el fin. El párroco de Hornachuelos fue de los primeros detenidos en el pueblo. Victoria, hasta que fue aprisionada ella misma, arrostró las iras del populacho, acogiendo en casa, intrépidamente, a las hermanas del sacerdote. Rivalizó con ellas en cristiana solicitud por él. Alimentos, ropa, libros, nada faltó al prisionero en aquellos días en que la caridad era un riesgo de muerte. Y esto era lo de menos. Su oración y su aliento no faltaron tampoco al abnegado párroco. “Su camino es el martirio. Por Dios, no decaiga.” La esquina de un pañuelo bastaba al ingenioso celo de Victoria para mensajes de aliento como este.

Veo el cielo abierto

En la plaza de Hornachuelos, a la izquierda de la iglesia parroquial, esta la casa en la que Victoria y sus diecisiete compañeros de martirio estuvieron presos. Por la ventana enrejada de la habitación que ocupó Victoria se ve la puerta de la parroquia. Junto a esa ventana, mirando con los ojos del alma el Sagrario querido de su pueblo, se preparó la maestra de Hornachuelos para el martirio. A las dos de la mañana del 12 de agosto la puerta de su prisión se abrió bruscamente. Había llegado la hora. Todos los prisioneros salieron de dos en dos por una puerta trasera de la casa, rodeados de fusiles y de caras feroces. Victoria era la única mujer.

Anduvieron doce kilómetros a campo traviesa hasta la hondonada trágica de la mina del Rincón. El horror y la angustia de aquella madrugada escalofriante se iba templando con las palabras intrépidas de Victoria a sus compañeros, trémulos y desencajados de miedo y de fatiga: "Animo, daos prisa, nos espera el premio."

Maestra hasta el último momento, también para enseñar a morir. Uno a uno, los diecisiete hombres fueron subiendo al brocal del pozo de la mina para recibir la lluvia de balas. Iluminados los ojos con la fe, fortalecidos con las palabras que Victoria repetía infatigablemente a cada uno:

"VEO EL CIELO ABIERTO".

Al fin le tocó el turno a ella, la última. Después de tanto dolor, ¿no se iba a rendir aquella jovencita insignificante?

- Dí viva el comunismo y te perdonamos la vida.

Se arrodilló en el brocal del pozo. Miró de frente a los fusiles, abrió los brazos en cruz:

-No puedo decir eso. Tengo que decir lo que siento: ¡Viva Cristo Rey! y mirando a una Virgencita pequeña que llevaba en la mano: ¡Viva mi Madre!

Un diario terminado

El diario de Victoria Díez dice esto en una de sus páginas:

"¿Que haré, Señor, para más agradarte?"

"Del todo me entrego a vuestro adorable designio: disponed de mí, que por entero os pertenezco, pero no olvidéis mi súplica, Señor".

"Que tu caridad me transforme, que en ella arda y que en ella me purifique. Que me inspires el espíritu de verdad y sencillez para atraer a las almas. Que me revistas de fortaleza y valor para la lucha que me espera en el mundo..."

Una súplica visiblemente atendida. Y otra, no comprobada por ojos de hombres, pero que indudablemente se cumplió también. Porque Jesucristo nunca falla en sus contratos:

"Reina de los Ángeles, Madre benditísima, haced QUE NO SE PIERDA NI UN ALMA EN ESTE PUEBLO. Ruega por nosotros."

Esto quedó escrito por Victoria al dorso de una estampa de la Patrona de Hornachuelos que siempre llevaba con ella.



www.institucionteresiana.org